



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Sobre la guerra.



—Todo eso es andarse con paños calientes. Yo llamaría á todas las reservas y mandaría allá, de golpe y porrazo, doscientos cincuenta mil hombres.  
—¡Y tú qué harías?  
—¡Ah! yo... quedarme aquí, naturalmente.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Á don Ángel Rodríguez Chaves, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Oh, la inmortalidad!, por Alejandro Larrubiera.—Á monsieur Duprat, por Viazco Vrayoz.—El caballero de la mesa redonda (continuación), por Clarín.—El Cristo nuevo, por Joaquín Dicenta.—Miniatura, por Francisco Aguado Arnal.—Círculo vicioso, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Sobre la guerra.—Solito.—Ya han vuelto (seis viñetas).—El caballero de la mesa redonda (tres viñetas).—La inspiración, por Cilla.



Los periódicos serios suelen publicar la lista de las personas que veranean fuera de Madrid, y no contentos con estas noticias importantes, nos dicen después qué día regresan, y cómo; con lo cual tenemos la ventaja inestimable de saber que las tan reputadas señoritas de Cebollín están de vuelta en

su domicilio, y que el ilustre Lechón y señora han vuelto á ocupar su elegante cuarto de la calle del Tinte.

Hace más de ocho días que anda detrás de mí D. Fructuoso, el exsalchichero, que es ahora propietario y socio del Círculo Constitucional y senador cuasi vitalicio y comendador ordinario (sí, muy ordinario) de Isabel la Católica.

Sabe que yo tengo la buena costumbre de tomar café en la Cervecería Suiza, y el hombre se va allí, después de almorzar, para hacerse el encontradizo y sacar la conversación de su viaje. Todos los días me dice poco más ó menos:

—¿Sigue usted en *El Imparcial*? ¡Cuánto me alegro! Pues sí, señor; el jueves regresamos de Comillas mi señora y yo. Allí encontramos una negrita que había dejado olvidada un matrimonio cubano, y resolvimos prohibirla.

—Me alegro—contesto yo, sin darme por entendido.

—Todos los años salimos de Madrid.

—Hacen ustedes perfectamente.

—Y cuando regresamos siempre *lo ponen* en los periódicos. Antes tenía yo un amigo en la prensa, muy servicial y muy hombre de bien, que comía en casa algunas veces; pero se ha ido á Cáceres á poner una sombrerería, y quiere decirse que nos hemos quedado sin resonancia en los periódicos.

El hombre no se atreve á decir con claridad lo que desea y todo se le vuelve echarme indirectas, pero yo hago como que no le entiendo.

Cansado de mí falta de penetración, me ha remitido á casa un trozo de manteca de Reinosá con este expresivo billete:

«Mi estimado amigo: *Ajunta* envío á usted esa manteca que hemos traído de allá para que la *desfrute* con *saluz*. Lo cual que tendría mucho gusto en que saliéramos en los periódicos, como salen otras personas de menos posibles, pues aun ayer decía *La Correspondencia* que había regresado la señora de Funes, y es una *barbaridad* el dinero que debe, pues á mí aun me está debiendo 18 reales de cuando pertenecía al comercio de carnes picadas este su seguro servidor Q. B. S. M.—*Fructuoso Vázquez*.»

Ni aun con la manteca he publicado la noticia, porque de algún modo he de castigar á este salchichero vanidoso, y él está muy enfadado conmigo y sé que anda diciendo por ahí:

—Si la prensa no sirve para estas cosas, ¿para qué sirve en tonces?

En su deseo de venganza se ha dirigido al administrador de *El Imparcial* diciendo que no quiere seguir figurando como suscriptor y á mí me ha hecho dos ó tres desaires. Si me va por una acera, se va á la otra; cuando paso cerca de él, escupe con rabia, y ayer le decía á un amigo en alta voz para que lo oyéramos todos los del café:

—Hay personas muy desagradecidas y yo he recibido muchos desengaños en este mundo. Á cierto sujeto le envié yo dos libras de manteca de Reinosá, y no ha sido para agradecermela.

En fin, el pobre D. Fructuoso sufre mucho, y más cuando le dice su mujer en tono de amargura y reconvección:

—¿No decías que eras tan amigo de un periodista? Pues ya ves lo bien que se ha portado contigo. Anda, vuelve á enviarle manteca.

La vuelta de D. Fructuoso y señora ha pasado inadvertida; pero en cambio las de Elasticotín estuvieron en Getafe quince días, parando en casa de un guarda de consumos, y todo el mundo sabe en Madrid que han veraneado; porque hay un chico que escribe en el *Mensajero de las Ligas Agrarias* y está enamorado de una de las Elasticotinas, el cual chico no sólo puso la noticia en su periódico, sino que además habló con sus compañeros en la prensa y les dijo:

—Tengo interés en que se sepa que ha regresado la familia de mi novia.

—Se sabrá—contestaron todos.

Y la prensa dió la noticia al día siguiente, con gran regocijo de los Elasticotines, que compraron media docena de ejemplares de cada periódico para distribuirlos entre sus conocidos.

Es interesante, por más que digan, esta costumbre de contar al público cuándo salen y cuándo regresan algunos caballeros y señoras.

Andando el tiempo se dirá mucho más, y hemos de leer algo parecido á esto:

«Han regresado á Madrid D. Aquilino Sánchez y señora, después de haber tomado los baños en Vivero, donde gustaron mucho. Ahora se proponen abonarse á los *lunes clásicos* del Español, y además poner alfombra nueva en su elegante domicilio de la calle de la Colegiata, antes Burro.»

Ya hay periodistas que lo cuentan todo y que se parecen por sacar en letras de molde á las personas de su familia. Más de una vez hemos leído sueltos cariñosos referentes á la enfermedad que padece un D. Fulano cualquiera, lo segundo de un redactor, y noticias regocijadas acerca del casamiento de una señorita, prima hermana del susodicho joven.

Ya ha habido uno que escribió un suelto en esta forma:

«Nuestro distinguido tío D. Fulano de Tal ha comprado una sillería de reps y unos cromos con destino al gabinete.

Le felicitamos con efusión.»

Luis Taboada.

\*

## Á DON ÁNGEL RODRÍGUEZ CHAVES

### CARTA ABIERTA

Valdechuletas á su tío del mes fresco y agradable de Septiembre del año de gracia que da en llamarse mil ochocientos noventa y cinco de la honorable y aplaudida era cristiana de Cristo (que en paz descanse).

Querido amigo Angelito de Rodríguez y de Chaves: Desde este humoso pueblo, donde estoy *desgranándose*, te escribo para decirte que no he podido ocuparme todavía en el asunto de que en la corte me hablaste. ¿Que por qué? Voy á decirte en seguida y en romance. Sabrás que el ayuntamiento de esta villa (que Dios guarde) me ha nombrado *mayordomo de los festejos anuales que se hacen aquí al Santísimo Cristo de la Buena Sangre*. ¡Nombrarme á mí mayor-domo! ¡No vi mayor disparate! Viene á ser como si á ti te fueran á hacer *sochantre*. ¿V sabes tú en qué consiste la *mayordomía*? ¿Sabes cuál es la misión que hoy tengo

sobre la tierra? Pues písmate. Ir de la Coca á la Meca, preso entre dos concejales, dando ablatos á todos estos hijos de... sus padres, para costear la misa, los fuegos artificiales, los toros y la charanga que ha de tocar en el baile. Hay unos pocos vecinos que me han recibido añabes; pero, en cambio, otros me han puesto una cura de vinagrel...

Todo el pueblo he recorrido, y una vez echado el guante, voy á buscar curas para que se revistan y canten la misa. Por de contado, quien se ha de revestir antes de paciencia es este cura que tiene el honor de hablarte. Luego habrá de celebrar conferencias importantes con dos ó tres polvoristas para decirles: «Compadres, necesito que me prendan ustedes cinco ó seis árboles de pólvora y que me tiren cien cohetes por delante. Quien pueda meter más ruido por menos dinero, que hables.»

Una cosa parecida, y haciendo penosos viajes, tengo que llevar á cabo respecto á los miserables artistas de viento fresco que han de tocar por las calles y á fuerza de resoplidos y golpes espeluznantes nos han de romper los tímpanos, como los llama el alcalde. Contratados formalmente los polvoristas rurales, los músicos de madera, los de metal, los tres padres y otro que diga en el púlpito lo que no ha de entender nadie, queda otro asunto en el cual tú podrías ilustrarme: la contrata del ganado que ha de correrse y lidiarse y la de tal cual maleta que de la lidia se encargue. Yo escribiría al Guerrita; pero me temo un desaire, y eso que para él dispongo lo menos de treinta reales. Y al de los toros, ¿qué diablos le diré? Que se los guarde si no me asegura doce ó trece cogidas graves, pues si no hay *hule*, de ñjo no se divierte aquí nadie, y esto quizá será el pobre mayordomo quien lo pague.

Ven, por Dios, á la corrida y haz tú la revista, Chavus; que yo, con tantos belenes en la cabeza, es muy fácil que dé á Madrid la noticia tergiversando las frases y escriba: «Valdechuletas. Ocho Septiembre. En la cárcel el predicador y un toro. La música cogió al Mangué y le atizó dos cornadas cerca del púlpito. El padre Fabián desde el hipocendrio hizo un elogio admirable del Cristo y al tercer bicho le puso dos buenos pares. Y aparte de las cogidas que hubo después en el baile, sólo se dieron de palos dos fuegos artificiales que presenciaban la quema de unos primos del alcalde. Es, pues, preciso ¡oh Rodríguez! que tú vengas á auxiliarme. ¿Que cuándo cumplo contigo? Cuando estas fiestas acabren. Abur. Da besos á Silva, Simasio, Amalio Fernández y demás contratartulios, ya que gustas de rozarte con ellos. Y ordena siempre cuanto te venga en talante á este palurdo que pronto tendrá al placer de abrazarte.

Juan Pérez Sutiliza.

SOLITO



—Pues señor, el verano ha sido lucido. El bañi me lo dejó en la casa de huéspedes á cuenta del pupitaje; la última poseta me la ha dejado en la puerta para pagar al mozo, y la mujer me la dejó en la playa con unos amigos... ¡Téchenla usted un galgo!

¡OH, LA INMORTALIDAD!

I

Pues señor... En el principado de Gatópolis, país tan imaginario como el de los cuentos de Perrault, ocurrió hace siglos lo que voy á contaros. Regia los destinos de tal estado el príncipe Blakia, que, según mi abuela—archivo parlante de historias fantásticas,—descendía en línea recta ó curva—por más que yo me incline á creer que era curva—de los dioses del Olimpo. Es el caso que á Blakia, un día que estaba de muy buen humor—cosa extraordinaria en un príncipe,—se le ocurrió dar á sus súbditos el siguiente edicto, que, punto más, punto menos, venía á decir así:

«Nos príncipe Blakia, hijo muy amado de los dioses y por gracia suya gobernador *ad perpetuam* de la gran Gatópolis; deseando labrar la felicidad de mis súbditos, contando con la aquiescencia y apoyo de Júpiter, vengo en ordenar lo siguiente:

«PRIMERO: Todo ciudadano que no haya cumplido veinte años y deseé ser feliz durante seis lustros, viéndose rodeado de cuantas riquezas, placeres y honores ansie, disfrutando de santuosos palacios y jardines, amado por las mujeres más hermosas, servido por millares de esclavos, sin pena ni dolor físico ni moral, convertida su existencia en perpetua fiesta con la alegre placidez de que en el Olimpo gozan los héroes, se pasará por mi real palacio, en donde, después de prestar juramento, entrará en plena posesión de lo arriba indicado.

«SEGUNDO: Al finalizar los seis lustros de felicidad, la Átropos cortará con sus terribles tijeras el hilo de la vida del venturoso.

«TERCERO: El ciudadano que en el término de un mes no se presente ante nos, renuncia á los beneficios dispensados en el primer artículo, pero, en cambio, gozará de la inmortalidad sobre la tierra, sin que en el transcurso de los siglos mejore un ápice su fortuna: si es pobre, desgraciado ó venturoso á la fecha del presente edicto, continuará eternamente siéndolo.

«CUARTO: Todos los dignatarios del estado darán conocimiento por medio de las voces públicas y á son de trompeta de esta mi real voluntad.

«Dado en Gatópolis á las tantas kalendas de tal olimpiada.

Firmado,  
EL PRÍNCIPE BLAKIA.»

II

Cumplióse la orden de anunciar á son de trompeta el anterior edicto, y al mes justo..... nadie se había presentado en palacio.

«Aquí acaba el cuento: dime tú ahora, lector, formalmente, si en el caso de los de Gatópolis hubieras imitado su conducta.

Alejandro Carrubiera.

A MONSIEUR DUPRAT

CONSEILLER DE PREFECTURE DES BASSES-PYRÉNÉES

Monsieur: Je suis espagnol, mais comme domino bien le français, vous escrib en votre idiome pour fair qu'ainsi m'entendais. Tout le monde ici en Madrid se trouve très indigné par que vous avez prohibid la corrida signalé. En cherchan la salvación, en Bayonne et autres partés invocan la loi Gramont... ¡qué Gramont, ni qué ocho quartes! Mazzantini et sa cuadrille fué hace tiempo contratade pour torear dans sa ville... ¡comme quien ne dis pas nada! ¿No sabía vu, monsié, que iban allí á torear? Pues si lo sabía vu, ¿por qué les dejó llegar, y no que arriban y après los detienen y, *ainda mais*, los echan á coups de pies du territoire français? ¡Valiente hospitalité la que vous prouvez ainsi! ¡C'est una barbarité propia de la Cafrer!

¡Oh, mon Dieu! ¡Qué grands leçons cell qui nous donn nos vecinos! ¡Si esto hacen con les persons, qué es lo que harán con les vint! Yo bien voudrai savoir más, sólo pour curiosité, les perréis que dirá toute la cuadrill, de usté. ¿Que le toureau n'es pas fier y est animal domestic? ¡Que lo diga el *comiser*... y un docteur que certifie! Si vous quittez les piqueurs pour que no muern chevaux et pour éviter malheurs deja vivos les toureaux, esas courses renombrades quedan reduite: tar solo á indecentes novillades comme las que da Bartolo. ¿Qu'il y a de sang? Et bien, ¿por eso á asustarse van les courageux de Bailien et les braves de Sedán? ..... ¡Il n'y a pas des Pyrénées! ¡Donde está une *veronique*, buen abajo les idées de toute la République!

Fiacro Grayoz.



# Ya han vuelto:



Pepito Membrilla, que ha tomado seis baños y dos puntapiés del sastre, con quien se topó en Urberuaga.



El respetable Sr. Ruiz de la Llam-bulla, que por haber hecho calaveradas en la juventud, ahora no puede decir sin rubor de dónde viene.



El doctor Sánchez, gran botánico y entomólogo, que ha gozado lo que no es decible en los Picos de Europa.



La señora Sebastiana, terror y alegría á la par de los trenes botijos.



Amparito, la del senador, que durante la temporada ha hecho feliz á todo el mundo, menos al senador.

Y Alfonso, el de la Matilde, que ha tenido que acompañarla á las Caldas haciendo de sobrino...



## EL CABALLERO DE LA MESA REDONDA

(Continuación.)

Es D. Mamerto Anchoriz un señor que se presenta todos los años en Termas-altas dos veces, á pasar ocho días por Mayo ó Junio y otros ocho en lo peor de la otoñada, cuando más llueve, por hacer compañía á aquellos señores, y animar un poco á la gente. Nada de esto, ni de otras muchas cosas importantes ignora el fiscal, y por eso hace mal en poner reparos á un hombre que es sagrado en Termas-altas.

Verdad es que hasta ahora el señor fiscal no ha dicho más que: «Ese D. Mamerto...»; pero lo ha dicho dos veces, y según el coronel, á D. Mamerto no se le llama *ese*; en fin, él hipoteca las espaldas y asume toda la responsabilidad de lo que pueda ocurrir. «Y ¡ojalá ocurra algo!—piensan muchos huéspedes, porque todo es preferible, hasta la muerte de un fiscal, á la monotonía de aquella existencia!»

El fiscal prevé un conflicto, porque ni su carácter, ni su dignidad, ni su posición social le permiten mostrar pusilanimidad, ni retirar palabras, ni aun dejar de decir las que tiene deliberado propósito de decir. En cuanto á la fiscal, todavía tiene muchas más agallas que su marido; é irritada en su grado máximo, echa sapos y culebras, dispuesta á defender la dignidad de la toga como gato panza arriba, en el caso que su cónyuge no se muestre bastante enérgico.

Pero se muestra; porque dice, cogiendo un cuchillo por la hoja y golpeando el mantel pausadamente con el mango, en señal de tenacidad de carácter, y firmeza de opiniones, y serenidad de ánimo:

—Señor coronel, nada he dicho que pueda ofenderle á usted ó al Sr. D. Mamerto; pero toda vez que usted se adelanta á mis juicios, con el ánimo de cohibir la libre manifestación de mi pensamiento, he de decir, sin ambages ni rodeos, todo, absolutamente todo lo que pienso del Sr. Anchoriz.

—Se guarde usted de decir nada que sea en su desprestigio...

—Diré y digo, y tengo y mantengo, que el tal D. Mamerto es un viejo verde...

Ni la cómoda que en día memorable cayó desde la galería sobre la mesa produjo efecto más estrepitoso que el de estas palabras del representante del ministerio fiscal. Tal fué la indignación en los comensales, hasta en los criados, que el mismo furor del coronel se perdió en el oleaje del general escándalo, y por aquella vez no pudo asumir responsabilidad alguna.

Fiscal y fiscal quedaron anonadados bajo el universal anatema, y aprendieron á respetar la opinión de la multitud y el peso de la tradición, ante los cuales poco vale el prestigio de la

misma ley; y es de extrañar que el señor fiscal no supiera que ya en Roma la costumbre, esto es, la tradición, la historia, tenía fuerza superior á la ley escrita.

El coronel les llegó á tener lástima, y no desafió ni al marido ni á la mujer.

Pero, menos delicado Perico, un camarero fanático de don Mamerto, se encargó de dar á la pareja el golpe de gracia, diciendo modestamente, pero con la fuerza de los hechos consumados:

—El Sr. Anchoriz ha llegado esta mañana; se está bañando y ha dicho que vendría á almorzar en seguida.

Comoción eléctrica. A D. Canuto se le caen las lágrimas... Se le figura que ya no llueve... que ha vuelto la primavera... Todo lo perdona, y sin pizca de ironía saluda al señor fiscal y señora, que se retiran dignamente á su cuarto después de una profunda inclinación de cabeza.

El coronel exige que no se le diga nada de lo ocurrido á Anchoriz; no quiere que sepa el pequeño servicio que acaba de hacerle *saliendo* por su honor.

—Estas cosas no se hacen para que se agradezcan, sino porque salen de dentro.

—Convenido; no se le dirá nada. Pero ¡qué alegrías! ¡Ha llegado D. Mamerto! No podía faltar. ¡Y qué delicadeza! Precisamente con aquel tiempo de perros. ¡Qué abnegación!

El piamontés del portal se levanta de pronto, y con pulso firme y potente arranca al arpa melancólica los acordes solemnes de la marcha real.



—¡El es!—Todos en pie.—¡Viva D. Mamerto!—Las servilletas ondean como blancos gallardetes.—¡Viva!

III

Don Mamerto Anchoriz, acostumbrado á estas ovaciones, no se turbó un momento. Con el sombrero de paja fina negra y blanca, de ala estrecha y redonda, saludó al concurso, mientras la sonrisa majestuosa y benévola de sus labios finos y sonrosados brillaba bajo el bien rizado bigote, entre las patillas anchas, negras y lustrosas.



Era alto y fornido, de tez blanca y suave, de mano pequeña y delicada, con uñas de color de rosa. Sobre el vientre, un poco abultado, poco, despedía relámpagos de blancura un chaleco de la más rica tela, y cazadora y pantalón de alpaca de seda gris completaban el traje de tan arrogante buen mozo, cuya pierna había, en todas las épocas de nuestra historia constitucional, sin contar las dos primeras, atraído las miradas de las mujeres de todas las clases sociales.

Desde los quince años había sido D. Mamerto el mejor mozo de su tierra, y según la malicia, medio siglo llevaba de seducir casadas y solteras, viudas y monjas, marquesas y ribeteadoras, aldeanas y bailarinas. Es claro que exageraba la malicia. D. Mamerto no podía tener setenta y cinco años ni mucho menos, pero sí era seguro que tenía muchos más de los que aparentaba; y no se diga de los que él confesaba, porque él no confesaba nada, ni de sus años se le había oído hablar nunca.

Lo cierto era que las generaciones pasaban y se sucedían, y Anchoriz era el mismo para todas ellas, el Anchoriz de patillas negras, de labios sonrosados, de ojos suaves y brillantes, de puños tersos blancos como nieve, de pantalón inglés del mejor corte, de arrogante apostura, de elegancia discreta, seria y sólida; el Anchoriz eterno arquetipo de buenos mozos, adorno de toda fiesta, espectador de todo espectáculo, parte de toda alegría pública, elemento de la animación y de la algazara á todas horas y en todos sitios.

Jamás se le había visto en un entierro, ni los enfermos le debieron visitas, ni dió limosnas en su vida, ni prestó un cuarto, ni hizo un favor de cuenta, ni votó á nadie diputado ni concejal, ni dejó de engañar á cuantos maridos pudo, ni de padres ni de hermanos se cuidó para seducir doncellas; y, sabiéndolo así toda la provincia, no había hombre mejor quisto en ella, y todos decían: —¡Oh, Anchoriz! ¡Un cumplido caballero! ¡Y qué bien conservado!

También se decía de él que si hubiera leído hubiera sido un sabio, porque talento natural no le había como el suyo y del mundo sabía cuanto había que saber.

No era muy rico, pero como si lo fuera vivía. Durante muchos años no había tenido oficio ni beneficio, sino un hermano acaudalado con quien no vivía (porque su casa era siempre la mejor fonda del pueblo), pero que pagaba todos sus gastos, á lo que se creía; todo á pretexto de una herencia que no acababa de repartirse. Ni el hermano se quejaba, ni el mundo murmuraba. Murió aquel pariente, y dividida la herencia, se vió ó se calculó que la parte de Mamerto era exigua; mas él había seguido siendo el mismo, feliz, bien comido, elegante, sin privarse de nada. Por fin se había descubierto que de poco tiempo á aquella parte era Anchoriz administrador general del duque de Ardanuelo, aunque nada le administraba, porque los mayores particulares del duque se lo daban todo hecho á Mamerto.

El palacio del magnate estaba á la disposición del administrador general; y por ostentación, por vanidad ó por lo que fuese, haciendo un paréntesis en su vida de fonda, Anchoriz se fué á vivir al gran caserón de Ardanuelo. Sin embargo, la comida la hacía traer de la fonda. Pasaron seis meses, y el público notó que Anchoriz adelgazaba y palidecía.



¡Anchoriz triste, Anchoriz malucho! ¡Iba á acabarse el mundo! Los médicos más distinguidos de la ciudad se creyeron en el deber de estudiar al enfermo, sin alarmarle, por supuesto. No pudieron dar en el quid de la enfermedad. Fué él, Mamerto mismo, quien acertó con el diagnóstico y la cura. Una tarde se presentó en la cocina del Hotel del Aguila, su antigua vi-

vienda, se acercó al cocinero y, sonriendo, después de darle una palmada en el hombro, exclamó:

—Perico, pon hoy *tropiezos* en la sopa.

—¿En qué sopa?

—En la de casa, en la sopa de todos...

—Pero... ¿el señorito come aquí hoy?

—Sí, hoy, mañana... y todos los días; pon *tropiezos*.

Los *tropiezos* eran pedacitos de jamón, aderezo familiar de la sopa, que Mamerto amaba como un dulce recuerdo del hogar paterno, que en la comida era un perfecto gentleman y había sabido despreciar desde muy joven la cocina española, y burlarse del puchero y los guisotes, comía, siempre que podía, sopa grasienta con pedacitos de jamón, lujo de los grandes banquetes de su padre, á que para toda la vida se había aficionado. Era el único recuerdo que consagraba á la tradición, á la familia. No creía en la *religión de sus mayores* (aunque tampoco se metía con ella para nada, según su frase); no creía en los buenos resultados de la monogamia ni en los afectos naturales engendrados por la sangre; no creía en la patria; no creía más que en la sopa con *tropiezos*. Era su única *preocupación*, su única *antiqualla*.

Cuando él vivía en la fonda se comía á menudo la sopa de D. Mamerto.

Al oír aquella noticia, el cocinero se enterneció, se enterneció el pinche, y las muchachas encargadas de la limpieza de los cuartos lloraron de alegría, ó cantaron, según el temperamento. El número 6, que había sido durante tantos años de D. Mamerto, estaba vacío desde que él lo había dejado. Allí volvió aquella misma noche. La viuda de Uria, dueña del hotel, dijo solemnemente á los criados que aquel día era inolvidable para la casa.

Cuando el huésped querido ocupó en el comedor el puesto de la mesa que tantos años había sido suyo, hubo en la estancia un silencio eleccente, una emoción profunda en criados y comensales antiguos.

Los huéspedes nuevos miraban también con respeto al héroe de la noche. En cuanto á Mamerto, risueño, impassible, con los ojos en el plato sopero, enfriaba su sopa de *tropiezos* con la naturalidad y modestia y tranquila parsimonia que eran sus rasgos característicos.

Se conocía que, como siempre en situación semejante, aquel hombre no pensaba más que en la sopa.

Aquella sencillez con que supo volver á sus hábitos el caballero sin tacha, recordó á un comisionista erudito el caso de Fray Luis de León cuando volvió á su cátedra de Salamanca, después de su larga prisión: —«Decíamos ayer» había dicho Fray Luis. Pues Mamerto parecía estar diciendo: —Comisamos ayer...

Desde que volvió á la fonda se notó por días, casi por horas, la mejoría. En pocas semanas volvió á ser el mismo de siempre y la ciudad durmió tranquila.

Elasín.

(Se continuará.)

## EL CRISTO NUEVO

(Cuento viejo)

Hay próximo á Zaragoza un pueblo de cien vecinos, que al sé cómo se llama, ni viene al caso decirlo. En este pueblo, que era los batidos más legítimos de Aragón y los más gordos melocotones que he visto, fué nombrado concejal, y tras de concejal síndico, un vecino de los ciento que nunca habían salido del pueblo, y que por deberes importantes de su oficio tuvo que ir á Zaragoza, y fué á lomos de un pollino. Este burro, fuera parte de su dueño, el distinguido concejal de quien me ocupo, era el más grande borrico de todos los existentes dentro de aquel municipio. Llegó el hombre á Zaragoza, en un mesón tomó asilo para él y su acompañante, almorzó, se fué de un brinco al Pilar, rezó á la Virgen, vió al *deputado* del distrito, tomó café, dió un paseo, cenó á la par que su digno cuadrúpedo y compañera y se durmió muy tranquilo, esperando la mañana

para emprender el camino del pueblo y dar de su viaje cuenta á sus colegidos. Pero cántate que en medio de su sueño, de improviso, despertó el hombre y recordó que sería un acto mísero ir de Zaragoza al pueblo llevando el moerol vacío. —Nada— decía el batarro, —es necesario, es preciso que ya les lleve al concejo y á la aldea un *regalico*. (¿Qué llevaré?... ¿Qué hace más falta en el pueblo?) Piensa, *chiquito*, que hay que *quejar* bien... ¡Ya caigo! En nuestra iglesia no hay Cristo, porque el que había está inútil, vamos al decir, *rompido* y no tiene *compustura*, ni sustituto... Lo dicho, les marcaré un Señor nuevo, *pa* que vean que soy listo y rumbón.

Muy de mañana dejó el *Mamerto* hecho el síndico y fué á una tienda de imágenes que había en el *Caso* mismo.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Diga usted, *¿está usted Cristoso?*

—Sí, señor.

—Pues saque usted unos

pa escoger el más lucio.  
Lo hizo el dueño, y el baturro,  
tras mucho mirarlos, dijo  
señalando al que juzgaba  
más útil á sus designios:  
—¿Cuánto es éste?  
—Veinte duros  
—¿No los hay más baratos?  
—Sí, señor, estos pequeños.  
—¿Y éstos cuanto valen?  
—Cinco.  
—Pues apárteme usted ese  
que está más entristecido.  
—Tome usted.  
—Ahí va la moneta,  
y adiós hasta otro ratico.  
Salió de allí con su carga  
el hombre, avió el pollino  
y echó por la carretera  
adelante, con el Cristo.  
.....  
.....  
—¿Si supierais lo que traigo!—  
dijo cuando reñidos  
en su casa miró á todos  
los prohombres del partido

—¿Que traís?  
—Esto. —¿A ver quien lo acierta.  
—Lo otro. —No.  
—¿Pus dílo.  
—¡Dicírdlo!... Saca eso, Elasa—  
y á presencia de los dignos  
visitadores, la síndica  
sacó el regalo bendito.  
— ¡Ay, qué majo!  
—¡Buena imagen!  
—Vaya si estará bonico  
en la iglesia!...  
Cada cual  
del modo más expresivo  
se deshacía en elogios  
y en aplausos y en cumplidos.  
Un baturro que allí estaba  
y aún no había abierto el pico  
dijo, tras de mirar mucho  
el regalo:—Oye, Benito,  
milagros!—Y con scontento  
muy serio re-pondió el síndico.  
—¿Cómo quías que milagres  
si es cachorro el pobrecito!...

Por la copia,  
Joaquín Dicenta.

Miniatura.

¿Te gusta ver el caprichoso juego  
del humo convertido en gatas leves?  
¿Que no es cosa el fumar del otro jueves?  
¿Qué ha de serlo, mujer, no te lo niego!  
¿Que quieres un pitillo? Te lo entrego  
y dado que te atrevas. ¿Y te atrevas?

Pues no soy responsable, bella Nieves,  
de lo que pueda sucederte luego.  
Te hará toser, te llorarán los ojos.  
¡Tu valiente actitud me maravilla!  
Mira que ese tabaco no es muy rico...  
¡Ya te lo has puesto entre tus labios rojos!  
¡Y qué bien debe estar! . Toma cerilla.  
¡Que se ha encendido solo! ¡Me lo explicó!

Francisco Aguado Arnal.

Círculo vicioso.

¿No parece que sería  
muy conveniente y muy bueno  
que mañana á otro día  
triumfara la teoría  
del amor libre y sin freno?  
¿Puede soñarse una cosa  
más hermosa  
que echar abajo la leyes  
del pudor, romper las trabas,  
y hacer de los hombres reyes  
y de las hembras esclavas?  
Porque, una vez suprimida  
la virtud de las doncellas  
y bien enteradas ellas  
de su papel en la vida,  
no tendrían las pasiones  
ningún obstáculo serio  
y cesaría el misterio  
que da tantas desazones.  
Se amaría  
sin miedo á la luz del día,  
no se daría importancia

á los celos y á los piques  
y, una vez rotos los diques  
todos de la intemperancia,  
no importaría un comino  
el mayor de los placeres  
y serían las mujeres  
como el tabaco y el vino.  
¡Un goce eterno y profundo  
fácil para todo el mundo!  
Pero ¿qué sucedería  
triumfando esa teoría?  
Que el amor de esa manera  
no sería casi nada  
y protestaría entera,  
con razón, la desgraciada  
generación que viniera.  
Y se hundiría podrido  
de repente  
ese mundo corrompido,  
en que tendrías la gente  
vergüenza de haber nacido.

Sinesio Delgado.

La inspiración.



Así han pasado ¡oh dioses! muchos genios  
las breves noches del ardiente Agosto,  
esperando el asaz vivificante  
soplo del numen.



## CHISMES Y CUENTOS.

Supongo á ustedes perfectamente enterados de lo del vapor *Alliance*, que ha hecho gemir á las prensas estos días de un modo lastimoso.

Un barco cargado de pertrechos para los insurrectos se acerca á la costa de Cuba; un buque de guerra le manda parar, el otro no obedece, y el segundo le suelta un cañonazo.

Á consecuencia de este cañonazo, y á pesar de que el crucero español estaba tan cargado de razón como el otro de armas, el Gobierno de los Estados Unidos entabla la reclamación de rúbrica, y nosotros nos hartamos de dar explicaciones, y quedamos tan agradecidos de que no nos hayan exigido una indemnización encima.

Se averigua después la verdad del caso, parece que nos hemos de indignar mucho, y... ¡que si quieres! Lo damos todo por bien hecho, y que se vá el que quiera.

No puede negarse que lo que hemos perdido en *fiere* arrogancia lo vamos ganando en frescura.

Esto es lo que dicen que nos conviene: la neutralidad armada.  
Armada... de paciencia.

Han empezado los petardos.

No sólo no han sorprendido á nadie, sino que los echábamos de menos. Porque ya se sabe que en cuanto no dejan jugar á la gente, *surgen* unas tórtolas inocentes que se entretienen en hacer ¡pam!

Y más vale.

Porque á veces la emprenden á navajazos con los periodistas.

¡Pasmémonos!

Se trata estos días de la baja en el precio de la carne.

Sigamos pasmánndonos.

Se habla también de la baja en el precio del pan.

¡Dios mío! ¡Esto es Jauja!

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*El Esquilador.*—¿La verdad? ¿Quiere usted la verdad? Pues... mal camino ha emprendido usted para hacer algo bueno.

*Clarinet.*—El estilo es flojo y desmayado, la prosa demasiado pedestre, y los asuntos dos vulgaridades muy grandes. Vamos, que así lo hace cualquiera. ¡Ah! pero conste que aunque no tuvieran defecto alguno... ¡no admitimos artículos! La composición en verso ya es otra cosa... peor, si á mano viene, porque toda se vuelve ripios, versos largos, asonancias, etc. Mi consejo leal y sincero es que no cultive usted ninguno de los dos géneros.

*Fray Lucas.*—Es de una filosofía un poco trasnochada.

*Casilda de Vandalia.*—Bonito madrigal. Si no sale en el presente número, cosa que depende del ajuste, saldrá en el próximo.

*Tu admirador.*—Gracias. Más valía que no lo escribiera usted todo con b de palo.

Sr. D. S. M. A.—El asunto de la primera composición se pasa de inocente, y el de la segunda se pasa de atrevido. En el término medio está el toque.

*Carverita.*—Son vulgares.

*El sultán de Berruzos.*—Cosa que también le para al seseto, además de tener alguno que otro verso más largo que un día sin pan. ¡Ah! las merendencias adolecen de lo mismo.

Sr. D. A. G.—¡Romance aconsonantado que hace un efecto endiablado!

Sr. D. M. G. S.—Los sonetos deben escribirse en endecasílabos. Y los endecasílabos no pueden tener doce sílabas, como usted comprende.

*Un flamenco.*—Vaya, voy á publicar eso que usted llama poesía andaluza de cabeza forzada. Bueno es ir dando á conocer géneros nuevos. Allá va:

«Olé morena  
la del cutis suave  
cual la azucena.

—  
Olé morena  
la del pie pequeñito  
como una pera.»

—  
Olé morena  
la del talle esbelto  
cual la palmera...»

Y así sucesivamente puede uno estarse haciendo *cabezas forzadas*, sin molestar mucho la imaginación, hasta el día del juicio por la tarde.

*Juanito.*—¡Qué larguito y qué malito!

M. B. de V. C.—Cada vez me gusta más el estilo, y cada vez aumenta el interés que me inspiran sus copias. Vaya, ¿á que acaba usted por hacer algo bueno? Su última composición vale más que las anteriores.

*Raro.*—Al primer verso le sobran cuatro sílabas nada menos ¡y es mucho sobrar, caracoles!

*Fra-Diávolo.*—«Triste en tu tallo te meces  
pobre rosa, y no comprendes  
que si tus hojas extiendes  
hallarás lo que mereces.»

Como usted ve, son asonantes los cuatro. Y no puede ser eso.

*Crito.*—Hombre... por mejorar y palir no se pierde nada.

*Un haturrico.*—No puede publicarse. Digo, me parece. Pero, maño, ¿de dónde sacas tú que aquí se insulta á nadie?

*Castidad.*—Sí, pero con un tinte de cursilería, que yo entiendo.

*El abate Capuchina.*—No están mal medidos, y algo es algo, pero no tienen carácter ni *saber* de tales cantares.

Sr. D. E. P.—Lástima me da, pero, unas por fas y otras por nefas, tampoco encuentro ninguna utilizable.

Sr. D. A. G.—El sucedido, que es lo mejor contado, se ha publicado ya aquí mismo en otra forma. ¿No lo recuerda usted? Hace poco tiempo.

*Un Petrarca en ciernes.*—No, pues ésta la publico íntegra, para enseñanza de poetas jóvenes. ¡No puedo menos!

¡QUE ESPERE TÚ!

Te conocí en la plaza de Santa Cruz  
una noche hermosa mas bien sin luz  
no se si en una fonda ó restaurant  
tu me mirabas con bastante hábito  
tu cariño hacia mí fue siempre puro  
mas yo á tí te engañé ¡fué un perjurio!

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPAÑÍA COLONIAL**  
—  
TAPIOCA—TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA—MANZANARES

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 51, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º